

# La pintura abstracta en Lima

Luis Fernández Prada

*Suplemento Dominical de El Comercio.*  
Lima, 21 de enero de 1962, p. 4.

Indudablemente, gran parte de la pintura que ahora se hace en Lima decepciona con frecuencia al hombre común y también a muchos de aquellos, quizá más cultos o informados, que desde hace años vienen asistiendo a exposiciones de arte. Después de los apasionados combates que sostuvieron en nuestro medio auténticos artistas, que preconizaban hasta opuestas tendencias, es muy curioso lo que hoy acontece, ya que suponíase, con fundado optimismo, que como consecuencia de esa lucha habrían de surgir realidades más altas. En vano, cabría decir ante este panorama, libraron en el Perú singular batalla irreconciliables bandos, que amaban al arte como una cosa emocionante y viva; en vano quizá se logró la reforma, después de tenaz esfuerzo, de importantes centros artísticos; en vano entonces habríamos hecho, ante multitudes, las exposiciones populares que recorrieron los barrios de Lima, llevando a todos la cultura, en hermosa jornada. Diríase también que de muy poco ha servido, por lo visto, la magnífica lección que significó la muestra de Pintura Mexicana, el fraterno mensaje de un pueblo tan similar al que formamos. Felizmente la actual realidad ha de ser superada. Pero, hasta el momento, de toda esa lucha viril y promisoría sólo ha brotado un arte abstracto. Y a las recias contiendas han reemplazado literarias polémicas.

El hombre común hoy mira con indiferencia o extrañado la exhibición de adocenadas y frías creaciones. Otras veces, las más, no se interesa en lo más mínimo por esa pintura intelectualizada, que si siente ni entiende. Tal hecho no es nada halagador porque, al margen de las supervaloraciones del artista, el arte no puede prosperar donde no existe mayor relación entre el artista y el público. El gran arte sólo es posible con grandes audiencias. Por otro lado, lo que resulta aún más inaceptable no es que tal o cual pintor haga obras abstractas, -lo que

podría tener no escaso mérito— si no que muchos quieran hacerlas aquí por novedad, por temor a que se les considere rezagados o creyendo que es el arte del momento. Esto es completamente equívoco. En todas partes y en todas las épocas ha habido arte abstracto. Aún más: en todos los tiempos han coexistido diversas maneras de pintar. Tampoco un cuadro es malo porque sea realista ni es bueno porque sea abstracto. Pero aquí se quiere sólo un lenguaje plástico que aisle y despersonaliza. Un lenguaje que muy pocos comprenden. Se olvida que en arte es suicida repetirse y se producen cuadros parecidos o uniformes, aunque se diga que en forma muy sutil muestran a sus autores. No puede negarse que en el exterior los principales panegiristas de esta tendencia han declarado que se trata de crear un nuevo estilo, el estilo del siglo, que excluye al individualismo. Y que, oponiéndose a lo figurativo, a la concepción naturalista, con asco a lo humano, intentan arribar a una cultura de productos estándar. Pero nosotros pertenecemos a un grupo social incipiente y preferimos por ello un arte que exalte a la humanidad y al individuo. No queremos filosofías complejas que pretendan justificar la imperdonable evasión de la verdadera realidad que vivimos.

El arte abstracto en el Perú ha nacido, como movimiento, posiblemente muerto. Es una moda propia de entusiasmos transitorios, del prurito imitativo de todo lo extranjero. El aformalismo y otros ismos semejantes tampoco podrán prevalecer por mucho tiempo, pues nuestro pueblo tiene una tradición artística profunda y vigorosa, que es la que debemos continuar ahora. Sin embargo, es necesario que se haga del dominio público que el arte abstracto, que se precia de novísimo, es también cosa vieja, aún en el Perú, y que como corriente es actualmente innecesario e infecundo. Lo único nuevo es el extremo a que se le ha llevado últimamen-

te. Y cuando el arte en un país como el nuestro se intelectualiza a tal punto o se confunde con la técnica, cuando el cerebralismo reemplaza a la pintura a las expresiones sinceras y vitales, hay que dar la voz de alerta, señalar el peligro. Esto es, podría decirse un deber cívico. Y tan cierto es para todos el riesgo al que aludimos que hoy mismo podemos comprobarlo en la obra de alguno de nuestros mejores pintores, que, inexplicablemente, se han lanzado a engrosar el número de abstractos, anulando quizá sus posibilidades y sin superar en ningún caso la calidad de su producción anterior.

Tal es, a grandes rasgos, la realidad de la pintura abstracta en Lima. Por lo demás, como queda dicho, universalmente, esta pintura bidimensional, chata o rugosa, significa una de las diversas direcciones tomadas por la plástica en medios refinados, donde la cultura ha llegado a un límite y donde se buscan desesperadamente nuevas formulas estéticas o se exhuman antiguas maneras. Nosotros necesitamos de un arte menos exquisito y más humano, que, - sin ser muy objetivo desde luego, refleje la inquietud de nuestro pueblo y marche estrechamente vinculado a la vida. Quien esto escribe ha estado recientemente en las principales capitales de Europa y de América, y por eso puede afirmar, no si énfasis, que el abstraccionismo no tiene la importancia que aquí se le viene asignando; es sólo una de las manifestaciones del arte de ayer y de hoy. No obstante el valor innegable de sus exponentes máximos, constituye una actitud estética, fría y decadente, que aparta al artista del grueso del público, halaga el hedonismo de círculos pequeños y elude el verdadero rol que corresponde a la pintura de nuestro tiempo.